

(9)

Aguiles B. Oribe

INDOLE DE LOS PARTIDOS

CRITERIO HISTÓRICO Y POLÍTICO

Don Eduardo Cervero Diaz

SEÑORES:

No es sin una emoción verdaderamente profunda que me permito ocupar esta tribuna y dirigiros la palabra.

Esa emoción se explica en los que vivimos en la lucha; porque no es tarea banal, sino de efectos positivos, el hablar á las inteligencias jóvenes de teorías que ya parecían muertas, y mover sus pasiones férvidas al combate, cuando todo contribuía á creer que la fibra cívica se había roto bajo el peso de cien angustias, reemplazando en el terreno de la acción la queja de los degradados y de los abyectos, al grito valiente de las grandes energías ciudadanas.

Esa emoción me embarga, porque, si bien persuadido en lo íntimo de mi alma de que en el corazón de mis conciudadanos virtuosos hallaría acogida benévola mi palabra, pude abrigar la sospecha de que las expansiones ardientes del patriotismo herido no hubiesen escogido bien su hora propicia.

Con todo, aquí me teneis; siempre el mismo á través de los años, de los golpes rudos de la suerte, de las injustas expiaciones, entero en el alma como entero en la convicción que no logró nunca doblegar el infortunio, para defender las ideas de nuestro credo, para levantar el principio ante la brutalidad misma del hecho prevalente.

ALBERTO LLAMAS
1952
ADQUISICION

2.197.224

¿De qué os voy á hablar?

¿Qué os he de decir en que no prime la nota aguda de los intensos dolores patrióticos como un legítimo desahogo de indignaciones no reprimibles?

Más de una vez, allá, en la hospitalaria tierra argentina, espíritus gentiles é inteligentes se han preguntado porque los uruguayos no vivían en paz en su hermosa tierra, destinada por la providencia á brindar sus preciosos dones á veinticinco millones de hombres.

¿Cómo era que, habiéndose estinguido por la acción del tiempo y los progresos de la razón pública, los partidos tradicionales en la Argentina, subsistían, sin embargo, dos grandes partidos enconados en nuestro país, cuando los principios proclamados por uno y otro coincidían en la forma y en el fondo, á juzgar por la prédica de sus tribunos y por la propaganda de sus órganos en la prensa?

Y al preguntar esto, manifestaban su asombro de que, después de seis lustros de caída, diera palpitaciones tan enérgicas y viriles el Partido Nacional, que ha visto arrebatar por la muerte tantos hombres á sus filas, y dispersarse otros, bajo un viento de tempestad por lejanas zonas y fronteras.

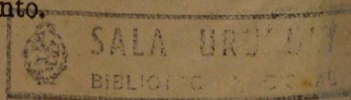
El tiempo y la experiencia ha llegado á convencerlos de que era erróneo el criterio con que apreciaban los actos propios de nuestra autonomía y de nuestra vida interna; que nuestras luchas institucionales revestían un carácter muy distinto al que asumieron los partidos argentinos.

Allí se trataba de la forma más correcta del gobierno representativo republicano; si el principio unitario ó el federal era el que convenía adoptar definitivamente como solución radical del conflicto.

El problema la tuvo, predominando la forma descentralizadora como la única que en realidad consultaba los altos intereses en pugna.

Después de esa lucha gigantesca, en que se pusieron en juego todos los elementos y recursos poderosos con que contaba una sociabilidad robustísima, espíritus cavilosos interrogaban todavía á raíz de las últimas revoluciones políticas, si el ensayo había sido ó no fructífero y si no era conveniente pregonar como salvador el principio unitario.

Era, señores, una ofuscación del momento.



Ya últimamente la bondad del sistema no se discutía.

¿De quién, entonces, era la culpa?

De los hombres? Del mal de herencia, de la educación recibida, de los resabios mal domados, de la escasez de población, de las enormes distancias y soledades que separan á los distintos núcleos de sociabilidad?

Pero, estos últimos, podrían ser males transitorios; males trabajados ya por el esfuerzo, por la energía y por la constancia al punto de que no fueran ahora tan acerbos como en otras épocas de descomposición y reacción.

Los hombres han aprendido en parte; los gobiernos se van seleccionando: todo, á medida que las luces, la producción, la riqueza, el comercio, las industrias y los medios mismos de transporte se han aumentado y perfeccionado, ha adquirido la textura de la homogeneidad y de la solidaridad.

La vieja corteza ha ido cayéndose á fragmentos por ley de evolución y de cambio.

Por otra parte: en un país que, como el argentino, posee inmensas zonas,—su lejano Oeste!—con todos los climas del mundo y capacidad para albergar y mantener más de doscientos millones de hombres, un gobierno unitario hubiese tropezado con serios obstáculos para hacer sentir su acción, y muy especialmente con aquellos que opondría la costumbre establecida en cada región, el imperio de hábitos tradicionales, el espíritu local siempre rebelde que se ha ido formando al influjo de buenas ó de malas prácticas, pero bajo la forma política descentralizadora; esa forma que permite considerar el terruño ó la comarca ó la provincia como una patria en pequeño, con poderes, facultades y atribuciones distintas, con autonomía propia, y peculiaridades singularísimas de clima, topografía, usos, leyes é índole genial.

En todas y en cada una de esas zonas, el sistema político había impreso su surco, fecundo ó nó, pero huella visible é imborrable al fin; había amoldado tipos y caracteres, había marcado tendencias y nutrido el espíritu de sus poblaciones con ideas de independencia relativa.

En sus llanuras extensas, en sus valles solitarios, al pié de las montañas, en los lejanos bosques, en sus ingenios de azúcar y grandes viñedos, hasta en las mismas ciudades casi coloniales quedadas en embrión como centros ganglionares de un organismo incompleto, el dejo del lenguaje, aquí canto, allí ritmo, acullá re-

citado, parecía protestar contra el sistema unitario con su música de ecos extraños de tierra adentro.

El sistema federal tenía forzosamente que ser un hecho; y lo fué.

La razón de la existencia de los partidos tradicionales, desapareció à su vez.

No había ya porque combatir, chocar, ahondar los agravios, que la acción del tiempo había ya disipado en la amplia atmósfera de la paz y de la fraternidad.

Entre nosotros, es distinto.

Los partidos subsisten de pié, incólumes con pequeñas variantes, representando cada uno propósitos muy diversos, tendencias muy contrarias, prácticas muy antagónicas, salvo escepciones justicieras.

El uno simboliza en el poder todos los instintos depravados de una semi-población turbulenta y anárquica que hace muchos años se modeló en el hábito de licencia de sus caudillos sin ideales y sin escuela.

El otro, aún caído, resume en su programa aspiraciones fervidas de las clases cultas y laboriosas, dueñas de gran porción del suelo, del capital mejor ganado y mejor producido, del crédito personal y real de sólida base.

El primero, propendió siempre por relajamiento moral y perversión del sentido político, á entronizar los gobiernos personales y las dictaduras irresponsables, comunmente erigidas á raíz de rebeliones sangrientas y de intervenciones extranjeras.

El segundo, propugnó en todo tiempo por el arraigo de las instituciones; por la libertad en el orden; por la consolidación de los vínculos de la sociabilidad; por la dignificación del pueblo y la gloria merecida de sus gobiernos.

Su adversario, tenaz y empeinado, dió en todo tiempo suelta á esas pasiones criminales que son la negación absoluta de las leyes tutelares; que desconocen los alcances de una responsabilidad solidaria; y que hieren mortalmente los principios conservadores por la naturaleza misma del esfuerzo para imponerse á la soberanía radical.

Nuestro partido, siempre leal y consecuente con sus grandes ideas á través de las más imponentes borrascas políticas que han arrastrado en sus vorágines hombres y generaciones enteras, ha enaltecido el credo republicano en la teoría y en el hecho, — pro-

clamando en las alturas y en el llano, según sus vicisitudes, la necesidad vital de obedecer á la ley; de salvar el credito público; y de fundar en el respeto al pueblo el mayor orgullo de una comunidad viril y consciente.

Lógico con sus tradiciones y no con su mentido programa, pues son aquellas las que han caracterizado el impulso seguido por un bando funesto, éste ha levantado como potestades omnímodas en años calificados de terribles, á las lúgubres hechuras de los mandones que llevaban espada en vez de lanza, y que por ley de evolución no los representaban en toda su idiosincracia grotesca, pero entera é ingenua, sino en lo que de bruta! tuvieron sus instintos combinados con los vicios innobles del compadrazgo y las perversidades de una estúpida soberbia.

Fiel á sus principios invencibles, porque invencibles son los principios que no han muerto aplastados por seis lustros de persecuciones y martirios, nuestra causa ha exaltado al mando supremo á dignísimos ciudadanos cuyos solos nombres eran garantías de probidad y de virtud republicana, y de quienes la historia imparcial ha de decir un día que fueron honra y prez de su raza y de su pueblo!

El tradicional adversario, sordo á la voz de los altos dictados del patriotismo que le aconsejaban borrar sus pasadas vergüenzas, levantando personalidades que encarnasen con la práctica del gobierno libre la fórmula suspirada del olvido, sometió en todo tiempo á la patria á indecibles torturas; la hizo pasar bajo el sable de un Latorre y bajo las espuelas de un Santos y bajo la fusta de un Herrera y Obes para colmar su deshonra y preparar su fatal decadencia!

El partido nacional, fuerte en sus creencias y en sus poderosos elementos activos, después de la honesta administración del general Oribe, antítesis perfecta de la desastrosa administración del general Rivera, supo presentar modelos á la república dando á la unidad social intérpretes como Giró, como Berro y como Aguirre, que eran la honradez acrisolada y la grandeza moral republicana sirviendo desde la altura los intereses del pueblo.

El adversario ha parecido complacerse en toda época, en humillar y en afrentar al país con la elección de sus hombres; con la elección de sus procederes en la vida pública; de sus actos políticos é internacionales; de sus sistemas de recaudación y de inversión de los dineros fiscales; de sus reglas de espoliación y despilfarro;

de sus medios de despojo inicuo y de latrocinio evidente, sin preocuparse jamás de coonestar sus aberraciones con un solo progreso plausible en el orden político, económico y financiero.

Nuestra causa sembró de beneficios la república, cuando eran sus tribunos y sus virtuosos hombres de estado los que gobernaban; y no solamente llevó al terreno práctico sus hermosos ideales reorganizando la administración en todas sus esferas, velando severísimamente por los caudales públicos, asentando el crédito, chancelando deudas al punto de reducirlas todas apenas á dos millones, haciendo ahorros, estimulando la actividad industrial y comercial, abriendo horizontes al trabajo y consagrando en el hecho las más caras libertades; sino que, sorprendida en su obra patriótica y en rigor reparadora de intensos males, por una invasión injustificable que en su impotencia absoluta para conmover á un gobierno libre llama en su apoyo ejércitos y escuadras extranjeras, da nueva y robusta prueba de la firmeza de sus convicciones y de la justicia que la ampara; y resiste hasta el heroísmo dentro de las trincheras de Paysandú, donde entre humaredas é incendios no bajaron á la tumba sus indomables defensores, sino después de escribir con su espada una página que hará vivir á esa causa en los siglos, como en el alma de los uruguayos de raza hasta la última generación!

Bajo cualquier faz que se observe, señores, la historia llena de histerismos y convulsiones del bando desatentado cuyo predominio tanto humilla á la república, por su acción interna inmediata y por lo que fuera de fronteras refleja, el criterio se nubla y falta el vocablo conciso y enérgico que empicaba el célebre analista para fulminar el crimen y echar cal viva sobre el usurpado renombre de altas clases envilecidas; falta la frase candente que quema como una marca de hierro, concentrando en breves palabras aquellos hechos, sin ejemplo entre nosotros, perpetrados por gobernantes cultos á la sombra de la autoridad que ellos se hacían la ilusión de creer delegada por el pueblo!

Se explica que uno de nuestros dictadores más arrebatados y violentos, sacase del medio á sus émulos en medio de las sombras y del misterio, temeroso de que se le aplicase por ellos la ley implacable del diente por diente; y también se comprende que otro dictador, rapaz y osado, emplease el poder y la fuerza, hasta el extremo saciamiento de sus torpes sensualismos; pero no se concibe sino como un acto de insensatez que el último de los fu-

nestos mandatarios que han postrado á la república bajo el peso de cien dolores, preparase la infamia del 11 de Octubre de 1891, aquella celada de bandidos fraguada en su propia cueva, á instigación del propio gobernante, con su anuencia eficiente, su apoyo protector, su cobarde complicidad!

Solamente así se concibe, señores, como una depresión de espíritu sometido á todos los fenómenos de una neurosis incurable, ó como un refinamiento de lo perverso semejante al de los caprichos de algún podrido tiranuelo.

Fusilar, pasar á cuchillo ciudadanos indefensos, atraídos por engaño y deslealtad y que van confiados en el apoyo mismo de sus verdugos, son suplicios sin sentencia, patíbulos que se levantan en las tinieblas para ajar á la justicia, escupir al rostro de los jueces y llevar el pánico á los ánimos honrados. Es la lógica brutal de ciertos hombres de linaje feroz; y sin embargo, señores, fué la lógica de un letrado, honrado con el puesto supremo, y de quien se esperaba la extrema civilidad y cultura!

Para nada tuvo en cuenta en sus odios mal encubiertos, la profunda verdad aquella, de que "las ideas vegetan con sangre humana; las revoluciones descienden de los patíbulos; todas las revoluciones se divinizan con mártires."

Palma merecida, señores, á la memoria de Pantaleón Pérez y demás compañeros cobardemente muertos y mutilados, en medio de la traición y la infidencia!

No tuvo el indigno gobernante en cuenta que no se arranca la vida al más humilde de los hombres que no ha merecido perderla, sin que la santa indignación de sus congéneres se alce iracunda y en la conciencia popular se eleve un culto á su memoria, en nombre de la verdad ultrajada, en nombre del derecho eterno, en nombre de la eterna justicia.

No! Todo lo olvidó en los arranques de su soberbia, enseñando á sus instrumentos serviles como se enloda el pundonor militar, como se corrompe la lealtad del soldado, como se mata con alevosía y ensañamiento, como se salpica la bandera augusta de la patria con sangre de hermanos inocentes.

En vano es que invocase falsos deberes impuestos por el principio de autoridad; en vano es que pretendiera excusar su actitud de increíble felonía alegando con la lógica de abogado prevaricador que concertaba un plan para coger en flagrante delito de rebelión al coronel Latorre, á quien él juzgaba cabeza del movimiento,

y á quien calificó siempre de fiera temible; no! en la escena de asesinato y traición no había otro delincuente y responsable que el primer magistrado que fabricó y tuvo en sus manos los hilos de la trama, y que después de vestir con piel de tigre á nuestros infortunados correligionarios envueltos en la trágica celada, largó sobre ellos sus perros de presa para que los despedazasen, gozándose luego en una obra que habría repugnado por sus formas y la publicidad que tuvo, al mismo caudillo cuya desaparición perseguía, más por la estabilidad de su propio dominio personal, que por el bien y el sosiego de la república.

La facción imperante no nos ha dado sólo estos ejemplos de retroceso y de iniquidad. Son muchos los que habría que correlacionar, desde la sustracción de los millones del Banco Nacional hasta el hundimiento de esta institución de crédito, y desde la primera elección oficial del primer teniente alcalde hasta la del último senador ó representante, en una serie de maldades y torpezas inauditas complicadas con la honda crisis que dió en tierra con todos los valores; crisis precipitada por la ingerencia corruptora del gobierno en las especulaciones de banco y de alto comercio.

Largo sería enumerar el cúmulo de males que entrañaba la administración de 1890-94, y que fueron manifestándose día á día, así como revientan los tumores en un organismo inficcionado, introduciendo la desmoralización en todas las clases sociales y abatiendo uno á uno los factores principales de nuestra actividad económica y de nuestra riqueza pública.

Cuando estalló la burbuja, descubrióse recién á los ojos del pueblo, el abismo á cuyos bordes había arrastrado al país una política de desfibramiento, de despilfarros, de estorsiones, de estafas y de saqueos inauditos del tesoro público.

Recién apareció un supuesto hombre de estado, de cuerpo entero, como un talento prostituido sin vuelos patrióticos, incapaz de iniciativa en sentido de las grandes reparaciones nacionales, por sus vínculos indisolubles con el elemento contrario á todo buen orden de cosas.

No contento ese funesto mandatario con haber gobernado el país á capricho durante cuatro años, quiso todavía legarnos una administración modelada en el sistema de prevaricaciones y de arterías políticas de que él fué el representante y el prócer; y al efecto acabó de corromper en cuanto cabía las fuentes del sufra-

gio, explotando en obsequio de sus planes personales hasta las necesidades apremiantes y apetitos de los hombres.

Designó candidatos para ambas cámaras; hizo prevalecer en los falsos comicios su decisión prepotente; contrató Marcianos que disolvieran por el terror cualquiera agrupación de ciudadanos que intentasen emitir un voto desafecto; ahondó en ciertas conciencias la propensión á la venalidad y al servilismo; constituyó un caucus informe cuyas sanciones fuesen favorables á sus actos inconstitucionales y á sus violaciones constantes de la ley; y logró al fin, después de una obra sin nombre como la de las brujas del drama, que de ese conjunto abigarrado y de esa asamblea sin tino ni elevación moral surgiese el sucesor aparente para el mando en la persona de un analfabeto, susceptible de obedecer á la consigna y de callar las espantosas inmoralidades y aún delitos, consumados bajo su fatal gobierno.

Al mismo tiempo que un complemento á sus propósitos de supervivencia política y administrativa que le permitiese seguir pesando en los destinos del país en la medida de sus sensuales ambiciones, el ex-presidente satisfacía con la elección de don Juan Idiarte Borda una venganza contra la sociabilidad de su patria, ofreciéndole en cambio de su persona otra más menguada, como una befa del libertinage sin pudores, ó como una resultante forzosa de la asquerosa orgía en que se habían invertido las rentas durante largos días de calamidades públicas.

Entronizó lo peor.

Ahí está, alejándose por el hecho por mucho tiempo la solución del problema del mando y del buen gobierno en nuestra cien veces flagelada república.

El malestar es tan intenso, y tan perniciosa toda evolución dentro de lo podrido, que la misma teoría altruista se esconde avergonzada á la vista de la extrema impudencia y deshonor.

En tanto que la facción oligárquica se revuelve en el mismo foco de miserias morales, condenando al hambre nuestra desgraciada población rural por la desconfianza que al capital retraído inspira su incurable insensatez, nuestro gran partido alienta al espíritu público, estrecha sus filas, proclama en voz bien alta que tiene ideales impercederos y bandera bien inmaculada para cobijar á su sombra á todos los convertidos sea cual fuese su procedencia.

En treinta años de pruebas dolorosas, no ha hecho más que fortificar sus creencias, dispuesto siempre á la abnegación y al sa-

crificio, porque á la conciencia plena de su misión patriótica, añade la fibra vigorosa de los organismos gigantes.

Estas causas nunca mueren.

Persisten en la escena tumultuosa por designio providente, porque ellas entrañan el ideal humano de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad entre los hombres; ellas aspiran á hacer carne del verbo aunque haya víctimas y victimarios, remover la masa encenegada en el vicio, levantar la dignidad del ciudadano á la altura de las nobles leyes de la república y que él está obligado á cumplir aún con el sacrificio de su vida.

Acordaos de los pasados oprobios.

Recordad los esfuerzos generosos de los que dieron su sangre por la idea!

Traed á la memoria las infamias consagradas como actos lícitos; pensad un momento en mil atentados impunes, en aquellos que han vulnerado el derecho y el honor en tantas épocas aciagas; acordaos de las mismas violencias de que ha sido víctima una generación joven, inocente de pecados históricos, al punto de ser un día acuchillada en las calles por mandato de un renegado de la ley y por un traidor á la misma fórmula del juramento prestado en nombre de Dios, de la patria y de los santos evangelios; y convendreis en que la acción conjunta de todos los buenos se impone para emprender seriamente el ensayo de nuestra libertad institucional y deducir como lógica consecuencia el principio hecho escultura, de bronce eterno: no hay vencidos, ni vencedores!

Buenaventura, señores, si un hado propicio tocase el espíritu y el corazón de otros que fueron nuestros hermanos, y que nos han abandonado en las horas de prueba. Si del seno de ese grupo silencioso y cobijado bajo las alas del poder y de la fuerza, brotase una luz! Si allí gritara al fin la conciencia como un alarido de suprema indignación contra las iniquidades de que se les quiere hacer cómplices, precisamente cuando la masa se subleva desesperada, hambrienta de justicia, fuera entonces el momento de decir: el partido nacional fuerte y unido, no abriga soberbias fatales en su seno!

Ha pocos días, emitíamos sobre la triste situación de actualidad el siguiente juicio:

Después de treinta años de predominio estéril y funesto, en que se han ensayado todas las fórmulas de conciliación y de paz con éxito negativo, se obstinan en mandar y en prevalecer, sin

quererse persuadir de que, la facción que representan, carece en absoluto de hombres de estado, de principios científicos de gobierno y de virtudes austeras en el orden moral y político indispensables para desarmar odios y resistencias, así como para encaminar la suerte del país por el sendero de su bienestar y progreso.

Tercos y perversos, la fórmula de la fraternidad importa para ellos absorción del mando ilimitado, y sumisión humillante de sus adversarios que subsisten numerosos de pié, y que han de conservarse con más bríos y mayor encono, á medida que pase el tiempo y se ahonde en proporción la podredumbre que ha rebajado nuestro organismo nacional al nivel de las sociabilidades más corrompidas.

De todo se ocupan, y á todo se preparan, menos á atender la dolencia, y á prevenir nuevos tiempos turbulentos de espantosas zozobras y de incalculables ruínas.

¿Qué les importa?

Mientras gobiernen, puede el país ver agotadas sus fuentes de riqueza y por el suelo su crédito en el extranjero de cuyos mercados vive; puede ver alejarse de sus playas las clases honestas y trabajadoras, huir al capital, y emigrar á modo de tribus errantes el mismo elemento nativo: el interés está en encerrarse en la fórmula del exclusivismo, en consolidar la preponderancia de la política logrera aunque sea con los escombros ensangrentados de la lucha sin cuartel, y en obstar por todos los medios más reprobados á que levante cabeza el partido caído, inutilizándolo nuevamente para el combate por otros treinta años, durante los cuales volvería á arrojarle mendrugos á fin de distraer con el lábaro del estómago lo que de meritorio quedase de sus restos.

¿Qué les importa?

El caso no es evitar la efusión de sangre, ni la destrucción de nuestros más vitales intereses, ni los horrores que apareja una reacción violenta: lo útil para ellos es retener la prenda, despilfarrar millones, acapararse otros en el conflicto, precipitar más el país en su temible decadencia, mandar solos, avasallar y explotarlo todo sin testigos incómodos, y si llegan á tenerlos, inhabilitarlos para la protesta por una responsabilidad solidaria.

¿No brindan y dan puestos y honores á esos pocos testigos; no les hacen votar lo que les conviene; no los han llamado y acogido, solo á condición de que los cargos y las prebendas se otorguen en cambio de la sumisión y del silencio?

En otras épocas, más ardientes y generosas, se decía: “perezcan cien gobiernos, y sálvese el principio!” parodiándose la frase exaltada de uno entre los famosos tribunos de la revolución francesa.

Hoy se pregona lo contrario; y no solo se pregona por los orgiafantas del poder corruptor, sinó que se apoya incondicionalmente por sus auxiliares como una verdad indiscutible.

En el conjunto híbrido de la organización gubernativa, la nota es unisona, la voluntad una, único el sistema, y la indignidad una sola.

¿Quién ha de levantar entre el elemento oficial ese acento, que revele entereza cívica y altivez republicana?

¿Quién ha de tener el corage necesario para comprometer su posición equívoca, estableciendo *el perfecto derecho de los que se agitan dentro y fuera del país en sentido del triunfo de los principios democráticos*; al mismo tiempo que, acusando cara é cara á los grandes delinquentes como autores exclusivos de la ignominia que á todos alcanza, y de la espantosa miseria que á la campaña aflige en días que debieran ser de trabajo, de paz, de prosperidad, dados los ahorros que se han abarrotado en arcas por la honda incertidumbre que sobrecoge el ánimo de las clases productoras del país?

¿Quién sería capaz de erguirse con majestad tribunicia para fulminar tanto oprobio y tanta vergüenza?

¿Cuál es el Graco que ha de exponerse á la pedrada de la turba, ó cual el simple funcionario que ha de devolver á los corruptores sus larguezas con la abnegación suprema que exige el primer paso decisivo ó el primer ejemplo edificante?

Ya es hora.

Las grandes cobardías suelen ser causa de dolorosas complicaciones, y no es fácil reprimir el grito contra la traición flagrante á raíz de la sacudida.

Los tiempos amenazan ser de lucha.

Que cada uno vaya ocupando su lugar.

Sí, señores, ya es tiempo de que el elemento viril del Partido Nacional, inspirándose, como en sus épocas de mayor gloria, en los principios conservadores de la sociabilidad que són la raíz y la base de nuestra constitución política y de nuestras leyes orgánicas como pueblo libre, alce su acento no sospechado jamás de insania ó de ambición obscura, y ocupe en la escena el puesto